

UTOPIÁS

Crónicas de un futuro incierto

Alberto de Frutos

Ediciones Cydonia S.L.
Apartado de Correos 265
36280 VIGO (Pontevedra)
<http://www.edicionescydonia.com>

© Ediciones Cydonia, 2008
© Alberto de Frutos Dávalos
Primera edición, diciembre de 2008

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-935634-5-5
Depósito Legal: VG-1620-2008
Maquetación: Acuarela Comunicación sll
Imprime: Anzos (Fuenlabrada, Madrid)
Distribuye: UDL libros (902 36 58 62)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

I.

Nosotros, los hombres libres

Nadie es feliz en esta ciudad. Desde que las Autoridades suprimieron el ocio, los hombres vagamos sin deseo por las calles. Hablaría de lo grotesco que resulta este espectáculo si ese sustantivo no me evocara tantas maravillas perdidas, quién sabe si para siempre: la oscuridad de los cines, el aplauso que alzaba de nuevo el telón de un teatro, los conciertos que invitaban a dimitir de la propia conciencia, los parques y las zonas recreativas... Y, sobre todo, la televisión, que hacía de las sobremesas toda una aventura del conocimiento tras la jornada laboral de ocho horas.

Al principio, nuestra respuesta fue la rebelión activa. Todas las mañanas nos concentrábamos a las puertas del Órgano para que se nos devolviera lo que por derecho nos correspondía. Rompíamos a pedradas los cristales del edificio y gañíamos hasta quedarnos afónicos, pero ninguno de los agentes, ni mucho menos el Jefe Supremo, tuvo arrestos para

dar la cara. Habían estudiado nuestras posibles reacciones antes de tomar su decisión. Para ellos, éramos poco menos que ratas de laboratorio con las que experimentaban su cruel política.

La evolución lógica de la cultura -o nuestras circunstancias vitales (para qué darle más vueltas)- nos habían transmutado en animales lúdicos, tan inofensivos en nuestra holganza como un recién nacido. Tal vez no fuéramos más que eso: bebés que despiertan a una razón que consiste en perfeccionar el placer por medio de las sensaciones externas. Sin embargo, el hedonismo no era nuestra principal fuente de inspiración. Nos limitábamos a seleccionar solo aquello que nos hacía felices. No dejamos de trabajar, ni perdimos los ojos frente a la televisión, el único monumento, junto con la Gran Muralla China, visible desde el espacio.

No entendíamos, pues, la traición de nuestros gobernantes, la obscena clandestinidad con que arrancaban los carteles de los estrenos, tapiaban los quioscos o cargaban camiones con los libros de las bibliotecas, fueran estos de Historia o de nigromancia. Al principio, no nos dimos cuenta. No nos quisimos dar cuenta. Los agentes del Órgano se escondían en la suavidad de sus maneras para justificar sus atropellos; y así transcurrió un tiempo, hasta que liquidaron todas las formas públicas del ocio.

-Su apetito de diversiones hará tambalear los cimientos de nuestra civilización -se excusaban en las circulares que nos llovían de los helicópteros a cada hora-. Como consecuencia de ello -proseguían esos eruditos a la violeta-, el arte ha dejado de reflejar al ser humano. Hasta los hombres de genio mercadean con sus creaciones, que ni tienen aura -como vaticinó el alemán-, ni sentido, lo que es aún peor.

Se cuidaban mucho de utilizar expresiones como *arte degenerado* para definir la producción de nuestra industria cultural, y planteaban su programa como una salvación de la humanidad que, en lugar de recortar libertades, las multiplicaría al manumitirnos de una esclavitud que nos hacía perder el tiempo.

-Ustedes no son nuestros enemigos. El enemigo es el ocio. Reivindicamos una sociedad independiente, sana y capaz de inventarse a sí misma cada día, sin tener que obedecer o perpetuar un guión no escrito por ella. ¡Queremos hombres libres, no máquinas; familias, no una comunidad de androides que sienten el amor o la música como un sustento más de su vacío insaciable!

Una vez que extirparon las expresiones públicas del ocio, las Autoridades arremetieron contra su flanco privado, y el Órgano no tardó en aprobar una ley que castigaba con penas de prisión de hasta veinte

años a aquellos ciudadanos que no se deshicieran de sus aparatos de ocio. Las televisiones empezaron a arder al pie de los contenedores de basura, los equipos de música, reventados por un hachazo, dejaron de consolarnos en las horas de soledad, y los programadores informáticos fueron casa por casa suprimiendo las aplicaciones que habían triunfado sobre la vieja naturaleza de los ordenadores como herramientas de trabajo.

Hubo, claro, muchos que nos negamos a bajar la cabeza ante la tiranía, pero los controles de las Autoridades, aleatorios, primero, para asustar a los más pusilánimes, rindieron con su perseverancia nuestra lanza. Los agentes nos hostigaban hasta que cogían a una presa, la cual era conducida ante los tribunales sin ninguna garantía jurídica.

-De acuerdo... Por una maldita televisión no nos vamos a jugar la vida. Les demostraremos que podemos sobrevivir sin ocio -observábamos resignados en los bares, cuando aún no eran considerados núcleos de sedición.

Quienes, pese a las amenazas, se negaron a aceptar el nuevo orden, corrieron a refugiarse en las montañas, rebosantes los macutos de radios a pilas, libros, revistas del corazón y juegos de mesa. Bajo una luna que había logrado escapar a la persecución,

soñaban con asaltar un día los ejes de poder y reanudar su antigua vida, la que habían heredado de sus antepasados y su época. Finalmente, aquellos a quienes no les unían lazos sentimentales con la tierra en que habían nacido, marcharon al exilio, pero el Órgano, temeroso de que la ciudad se despoblara en poco tiempo, cerró las fronteras.

La ciudad fue una cárcel de aburrimiento.

Una primera luz alentó nuestras esperanzas cuando el máximo responsable del Departamento de Cultura elevó una protesta al Jefe Supremo por el cierre de las bibliotecas. El Órgano le permitió expresarse libremente, y aquel aprovechó la oportunidad para homenajear a esa especie en extinción formada por los amantes sinceros de la cultura: gentes que saboreaban las palabras de un libro más allá del goce pasajero de su historia y que creían todavía en el impulso moral por la lectura de los clásicos o la visita a un museo.

-El Jefe Supremo ha leído *El Quijote* -observó en el foro del Órgano-, y sabe que ese libro no es un enemigo de la civilización, sino de la ignorancia.

-Olvida que el período que nos ha tocado vivir es una simple fase de transición que forzosamente desembocará en la libertad -alegó el abogado del Órgano.

-¿A qué llama usted *libertad*?

-A una sociedad en que las clases han abolido la ignorancia. La aristocracia es un fénix que resurge siempre de sus cenizas. Da igual que pongamos una hoguera bajo sus pies, porque tarde o temprano volará al Sol para ofrecérselas.

Al responsable de Cultura no le convencieron esas explicaciones y, tras intentar abrir una revista que cuestionaba los fines reales del Jefe Supremo, fue arrestado junto con toda su familia. Nunca más se supo de él.

Poco a poco, empezamos a comprender que la condena era inflexible. Si al principio nos habíamos rebelado contra nuestra desnudez, una violenta incomodidad sucedió a la indisciplina. Barajamos la opción de golpear la economía de la ciudad con una huelga, pero no nos pusimos de acuerdo con los sindicatos. Finalmente, el aislamiento hundió la economía, sin necesidad de que hiciéramos huelga. En el trabajo, al menos, compartíamos con nuestros semejantes la angustia por la ausencia de esperanza. Ya entonces la palabra *ocio* se había confundido con la palabra *esperanza*. Aunque no hubiera forma de demostrarlo, el suicidio se convirtió en la primera causa de muerte. Los medios de comunicación habían echado el cierre, pero todos conocíamos algún caso.

Había algo de lo que la tiranía jamás podría privarnos. Nueve meses después de que el Órgano prohibiera el ocio, las maternidades se colapsaron. Sin nada que hacer, matábamos el tiempo en la cama. La promiscuidad llegó a tal extremo, que el Órgano se reunió en secreto -el encuentro lo reveló un infiltrado que habría de pagar el atrevimiento con su vida- para debatir sobre una posible esterilización colectiva. La providencia no llegó a hacerse efectiva tras el testimonio del topo.

Abatidos por el terror de un porvenir incierto, vagábamos sin deseo por las calles o nos refugiábamos en nuestros hogares, gastando la suela de los zapatos por las galerías de nuestra prisión. Fue entonces cuando algunos ciudadanos empezamos a burlar las restricciones. Aunque el papel nos había sido racionado para evitar la *iniquidad* de la literatura y el arte, aprendimos a apurar los márgenes para registrar nuestras miserias. Deshacíamos la casa en busca de hojas; y, si no había forma de encontrarlas, escribíamos o pintábamos en las paredes y el suelo. Inconscientemente, dibujábamos todo aquello que nos faltaba, salas de cine, billares y museos.

Lo hacíamos en secreto, ya que corríamos el riesgo de ser denunciados por nuestros vecinos, muchos de los cuales confraternizaban con la nueva situación. Secos como piedras e incapaces de huir de

su soledad, los colaboracionistas se aferraron al único ocio que podían practicar: el de la delación. Sin embargo, no decayó nuestro ánimo.

Después de tantos años de inopia, adormecidos por el runrún de la televisión y las veleidades de un ocio insuficiente, volvimos a sentir la humana necesidad de sobrevivirnos. La impotencia frente a una naturaleza hostil, representada por el Órgano, allanó la senda para una resurrección vital.

El presente no era más que un camino en que dejábamos la huella para el futuro.

No nos teníamos miedo. Aprendimos a querernos. Hasta entonces, nunca nos habíamos preguntado quiénes éramos. Nuestra orfandad nos había obligado a ello. Viajeros de un abismo inexplorado, volvimos a salir a las calles. Durante un tiempo nos escrutamos desconfiados, igual que bestias al acecho, pero lentamente nos fuimos interesando por el otro.

Descubrí, gozoso, que habíamos conservado la dignidad. Ya no había libros que leer -las ediciones habían sido secuestradas por tiempo indefinido-, pero los viejos del lugar guardaban sus palabras en la memoria. Tímidamente, recitaban a los niños en las plazas los pasajes de las grandes obras que aprendieron en la escuela: «¡Oh noche que guiaste!»;

Índice

| | |
|---|-----|
| I. <i>Nosotros, los hombres libres</i> | 7 |
| II. <i>Zonas prohibidas</i> | 19 |
| III. <i>El origen del Poder</i> | 55 |
| IV. <i>La octava cláusula</i> | 63 |
| V. <i>La Plataforma</i> | 77 |
| VI. <i>Cisma</i> | 91 |
| VII. <i>Orgullo y Dignidad</i> | 123 |
| VIII. <i>La Máquina</i> | 139 |
| IX. <i>Azúcar quemado</i> | 157 |
| X. <i>Los soñadores</i> | 173 |
| XI. <i>El planeta parpadeante</i> | 187 |